

Un cambio de rumbo

This publication has been made possible with financial support from the Dutch Foundation for Literature.

Nederlands
letterenfonds
dutch foundation
for literature

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Het tij keren*

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© 2019 by Joke J. Hermsen

Originally published in 2019 by

Uitgeverij Prometheus, Amsterdam

© De la traducción, Gonzalo Fernández Gómez

© Ediciones Siruela, S. A., 2021

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-18859-10-6

Depósito legal: M-25.440-2021

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Joke J. Hermsen

Un cambio de rumbo

Rosa Luxemburgo y Hannah Arendt

Traducción del neerlandés de
Gonzalo Fernández Gómez

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 76 (serie menor)

Índice

Rosa y Hannah	11
Breve selección de cartas de Rosa Luxemburgo	131
<i>Bibliografía</i>	173
<i>Agradecimientos</i>	177

*Entusiasmo y espíritu crítico,
eso es todo lo que necesitamos.*

ROSA LUXEMBURGO

*La desobediencia civil es una forma
de libertad política que encaja
en las tradiciones de este país.*

HANNAH ARENDT

ROSA Y HANNAH

1

A finales del verano de 2018, cuando empecé a profundizar en la obra de Rosa Luxemburgo, ya se respiraba una atmósfera de insurgencia en el entorno de nuestro pueblecito de la Borgoña. A pesar de sus promesas electorales, el presidente Macron aún no había hecho nada por las zonas más pobres de la Francia rural, y ahora, entre otras cosas, quería subir los impuestos de los combustibles. Cada vez había más gente con problemas para llegar a fin de mes, mientras que la élite recibía regalos como la abolición del impuesto sobre el patrimonio. Los ambiciosos planes de En Marche!, el partido de Macron, resultaron ser palabras huecas. El coste de la vida no había hecho más que aumentar y todo el mundo andaba con el agua

al cuello. *On n'en peut plus*, resopló nuestra vecina («No podemos más»). Tras muchos años trabajando de enfermera, ahora se las veía y se las deseaba para cuadrar las cuentas con una raquítica pensión. Y no era la única. Su frustración, como pudimos comprobar pocas semanas después, era un sentimiento muy extendido entre la población e iba a derivar en una fuerte ola de protestas, no solo en la Borgoña, sino en toda Francia.

La mayoría de los habitantes de Nièvre —el departamento de la Borgoña donde desde hace diez años estamos restaurando una vieja posada— se han dedicado tradicionalmente a la agricultura o la silvicultura. Otros explotaban cafés, panaderías o tiendas de comestibles, como hizo la madre de nuestra vecina durante toda su vida. Ahora, sin embargo, el tejido de pequeños negocios ha desaparecido casi por completo de los pueblos de la zona, y unos pocos terratenientes se reparten los miles de hectáreas de tierras de cultivo. Para hacer la compra hay que ir en

coche a la filial de una gran cadena de supermercados, la misma que paga precios cada vez más bajos a los agricultores y ganaderos por la fruta, la verdura y la leche. Y para visitar al médico, franquear un paquete en una oficina de correos o comprar una medicina en la farmacia también hay que salir a la carretera, motivo por el cual sentó tan mal y tuvo consecuencias tan dramáticas la propuesta de Macron de subir los impuestos de la gasolina.

En el siglo XIX, Victor Hugo y Émile Zola describieron la pobreza y las difíciles circunstancias de las clases bajas en novelas como *Los miserables* (1862) y *Germinal* (1885). Más de un siglo después, la desigualdad económica y la diferencia de clases vuelven a ser los temas de escritores contemporáneos como Annie Ernaux, Didier Eberon y Édouard Louis. Este último, hijo de un obrero incapacitado a causa de un accidente en una fábrica, acusa con furia apenas disimulada a la élite política francesa —a la que reprocha dominación social y desprecio a

las clases bajas— en *Quién mató a mi padre* (2018). A principios de octubre, Édouard Louis ofreció una conferencia sobre su novela en el Paradiso de Ámsterdam, el famoso templo del pop por donde han pasado estrellas del calibre de los Rolling Stones, Patti Smith, Pink Floyd, Prince, Amy Winehouse y David Bowie. Ante una sala abarrotada, argumentó que el capitalismo neoliberal, en combinación con el elitismo y la tecnocracia, ha propiciado la aparición de una subclase condenada a una vida miserable y humillante. Predijo que, en el caso de Francia, esa situación sería causa de grandes disturbios sociales, y el tiempo le dio la razón antes de lo que él mismo había imaginado. Dos semanas después, los primeros grupos de ciudadanos con chalecos amarillos empezaron a bloquear carreteras y rotondas. Durante nada menos que setenta sábados seguidos, un movimiento social surgido de forma espontánea organizó protestas contra la política de Macron en ciudades grandes y pequeñas de todo el país.

No obstante, Francia no fue el único escenario de protestas políticas en 2018. En España, por ejemplo, arreciaron las llamadas «mareas blancas» contra la ola de privatizaciones en la sanidad pública, y en otros países europeos como Italia, Serbia, Austria, Polonia y Alemania también salió la gente en masa a la calle para protestar contra la injusticia económica, la violencia de género o la crisis climática, esto último bajo el sorprendente liderazgo de la famosa activista sueca Greta Thunberg, por entonces aún en edad escolar. Hasta en mi propio país, más conocido por el «modelo del pólder» —la política holandesa de compromisos— que por su espíritu revolucionario, 2018 significó el comienzo de una impresionante serie de demostraciones contra, entre otras cosas, los recortes en sanidad y educación —por primera vez en la historia se manifestaron juntos catedráticos y estudiantes universitarios—, el folclore racista en torno al paje negro de san Nicolás y la crisis climática.